

Los trabajos del Congreso de Oviedo ofrecen en su conjunto una imagen representativa de la sociedad del siglo XVIII que se refleja en las obras del mismo Fiscal.

Sería además interesante seguir en la vía abierta de esta iniciativa del Instituto Feijoo del Siglo XVIII, de la Universidad de Oviedo, publicando en un próximo futuro unas reflexiones sobre el *status quaestionis* de las investigaciones sobre Campomanes, promoviendo una bibliografía razonada de los estudios acerca del autor, dando noticias de las obras que se han publicado –ya numerosas– y de las que están a punto de publicarse. Se podría así realizar un cuadro de conjunto más completo, cuadro que este Congreso ha tenido el mérito de empezar a difundir a través de las aportaciones que han contribuido a explicar la figura y la obra de Campomanes, una personalidad, en palabras de Lola Mateos Dorado: «aún desconocida en muchas de sus múltiples facetas».

Simonetta Scandellari

ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín (ed.). *Se hicieron literatos para ser políticos. Cultura y política en la España de Carlos IV y Fernando VII*. Madrid: Biblioteca Nueva/Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 2004.

Se hicieron literatos para ser políticos analiza desde una perspectiva multidisciplinar el período artístico y cultural de finales del XVIII, desde 1789, hasta el final del reinado de Fernando VII en 1833. Este acercamiento plural, histórico, literario, sociológico y artístico a la realidad de aquellos intensos años de cambio político y social es un acierto indiscutible. Las diferentes disciplinas le aportan al lector y al estudioso la visión amplia y compleja del período, dimensión que tantas veces se echa de menos en otros estudios exclusivamente

literarios o históricos, que dejan inevitablemente al interesado con una idea sesgada de la realidad.

Los diferentes enfoques disciplinares del libro responden a la variedad artística y cultural del período. Tanto la prensa, como el teatro, la novela, el ensayo, la poesía, la literatura de cordel, el arte del grabado, las memorias y autobiografías de estos años son testigos de la politización generalizada de la cultura. Dependiendo del período (revolucionario, josefino, constitucional o absolutista), las tendencias ideológicas y políticas varían, pero la estrecha vinculación entre arte y política es un denominador común.

Esta simbiosis entre cultura y política se acentúa en este período de modernización de España y de progresivo abandono de los valores del Antiguo Régimen, algo por otro lado no exclusivo de esta etapa histórica. Y en parte es así porque, como señala Álvarez Barrientos, los hombres de letras (más tarde llamados «intelectuales») empezaron a trabajar y a ocupar puestos de relevancia en las instituciones del Estado.

Un Estado que se convirtió en el nuevo mecenas y que lógicamente exigía a cambio un tributo de fidelidad a quienes lo dirigían y lo administraban. Los literatos tuvieron que navegar entre la adhesión al régimen y su independencia ideológica.

Jesusa Vega nos da un buen ejemplo de esta situación al referirse a los nuevos grabadores. Por un lado, recibieron mayor formación y se crearon instituciones fundamentales para el desarrollo de su actividad, como la Real Calcografía, pero, por otro lado, las estampas y grabados se convirtieron en propaganda política del poder, como cuando promocionan las hazañas de los reyes. Destaca, por ejemplo, la nueva iconografía creada para exaltar la figura de Fernando VII.

En referencia al ensayo, el profesor Palacios se ocupa de desenmascarar las actitudes que los diferentes escritores adoptaron ante los eventos más representativos

del período. Surgen figuras emblemáticas, como Olavide, Lista, Marchena; clérigos reaccionarios, independientes, y centros neurálgicos, como la Universidad de Salamanca, que propiciaron posturas más liberales como la de Manuel José Quintana o la del jansenista Diego Muñoz Torrero.

Los muchos, significativos y sucesivos acontecimientos sociales de este período, como la Revolución Francesa, la Guerra de la Independencia, la elaboración y aprobación de la primera Constitución europea, o la implantación del absolutismo fernandino, dejaban en ocasiones desarticulados a los literatos por su implicación-filiación política, ya que se veían de la noche a la mañana en el poder o en el exilio; con libertad de expresión o sometidos a una estricta censura institucional. La nueva dimensión pública del literato se había convertido sin duda en un arma de doble filo.

La censura fue, en efecto, uno de los grandes obstáculos que hubieron de sortear. La prensa fue seguramente el sector más afectado. Como señala Rodríguez Sánchez de León la censura condicionó la actividad de los periódicos, especialmente cuando fueron prohibidos en 1791 y, posteriormente, con los férreos controles durante la etapa fernandina. Pese a todo, la prensa logró crear una opinión pública e iniciar el camino hasta constituirse en el cuarto poder. Es curioso observar, como señala la investigadora, que en las etapas de mayor censura florece la crítica literaria como una suerte de crítica política encubierta, y, en cambio, cómo desaparece lo literario para dar paso al análisis político en períodos liberales como el constitucional gaditano. La influencia determinante de la censura, tanto ejercida por el clero como por el Estado, en el ámbito teatral queda también pormenorizada en el capítulo que Emilio Palacios y Romero Ferrer le dedican al teatro.

La caída del Antiguo Régimen produjo convulsiones sociales en toda Europa y

España no fue una excepción. Esta reorganización de valores y principios sociales desembocó en la búsqueda y creación de identidades nacionales. Este proceso se manifestó en todas las expresiones artísticas. La cultura se puso al servicio de las ideas. La estrecha complicidad del teatro con el público convirtió las representaciones escénicas en un vehículo de propaganda de primer orden, como señalan Palacios y Romero Ferrer. Pero no sólo el teatro, la poesía, el ensayo, la novela, el grabado e, incluso, la literatura de cordel serán importantes instrumentos propagandísticos. Joaquín Díaz analiza la nueva posición de la figura del ciego dentro de este entramado político cultural. Las aleluyas se emplearon para ensalzar personajes como Napoleón o eventos como la Constitución de 1812.

En cuanto al debate literario y político, José Checa menciona dos corrientes poéticas. Una de ellas liderada por Moratín y vinculada al poder de Godoy seguía las tesis de Batteux. En el polo opuesto encontramos a los seguidores de Quintana conformes con las doctrinas de Blair. Esta partición cambió en la primera etapa romántica.

En ésta se apuntan dos tendencias también, pero de diferente índole: el Romanticismo conservador, representación de absolutismo y defensor del casticismo; y el clasicismo liberal, centrado en el cosmopolitismo. En definitiva, el permanente dilema de las dos Españas. La misma polarización reconoce Romero Ferrer para la poesía.

El género dramático refleja una vez más esta bipolaridad ideológica. De hecho, tal vez sea el teatro el «campo de batalla» más evidente de entre todas las manifestaciones artísticas. Palacios y Romero Ferrer analizan las diferencias entre los dos bandos teatrales. Uno de ellos, el que podemos denominar de José Bonaparte, se basa en criterios educativos. En el otro, encontramos las representaciones incitadoras del fervor nacional, donde destacaron las comedias

heroicas y militares de Valladares de Sotomayor y de Zavala y Zamora. Esta duplicidad surge de nuevo en la etapa fernandina, aunque con otros perfiles.

Dentro de esta España dividida destaca por su singularidad una ciudad, Cádiz. Por ello, este volumen se ha ocupado del estudio de la idiosincrasia gaditana. Una ciudad mercantil, burguesa e isleña que, como detalla González Troyano, se transforma en el espacio abierto, confluencia de pensamientos y de ideas propias y extranjeras, que permitió hitos históricos como la Constitución de 1812. Romero Ferrer también se ocupa, en el capítulo dedicado al teatro, de las peculiaridades de esta ciudad.

Este período de entre siglos destaca por la acumulación de momentos determinantes para la Historia. Serán grandes eventos como la Guerra de la Independencia o las Cortes de Cádiz los marcos referenciales de aquellos que decidieron dar cuenta de su experiencia vital por medio de memorias y autobiografías. Fernando Durán reflexiona sobre el impacto que la contienda del siglo XVIII entre las luces y el oscurantismo tuvo sobre las autobiografías de algunos religiosos. Entre los laicos, Durán analiza la evolución ideológica de los textos de personalidades como Nicolás de Azara a los emotivos *Recuerdos* de Alcalá Galiano. Conservadores, aunque de vocación reformista, se muestran Nicolás de Azara, Armona, Francisco de Saavedra o Antonio Porlier, que reflejan en sus memorias la crisis del Antiguo Régimen y su desasosiego ante el desmoronamiento de las ideas, clases y costumbres que les representaban. Diferente postura es la que demuestran ante esta crisis de valores, jóvenes literatos que sí abogan por una ruptura total con el Antiguo Régimen, como el oficial Gallardo de Mendoza, Matías Calvo Murillo o Izquierdo Guerrero de Torres, representantes del nuevo individualismo romántico. Otros, no tan radicales, pero también rupturistas como

Juan Antonio Llorente y su *Noticia biográfica* o Sempere y Guarinos con sus *Noticias literarias*, se hacen eco de cierto desencanto social, que no individual.

Tendrá que pasar tiempo para que se moderen las posturas. Van a ser aquellos que no participaron directamente en los acontecimientos los que reproduzcan estos momentos históricos desde la nostalgia. Es el caso de Alcalá Galiano con *Recuerdos de un anciano* y de Mesonero Romanos con sus *Memorias de un setentón*.

Álvarez Barrientos, Emilio Palacios y González Troyano se ocupan del análisis de la novela y del ensayo, respectivamente, por medio de las ideas y de los principios por los que se rigieron cada uno de los géneros literarios. Álvarez Barrientos da cuenta de la estrecha relación que existe entre la historia literaria y la historia civil, *leit motive* del volumen, y que subrayó el editor en su introducción al libro. Muestra cómo la novela se fue transformando el inicial compromiso moral en compromiso político después de la Guerra de la Independencia. Este género se convirtió en la narración de hechos bélicos, históricos, cercanos en el tiempo, cuyos personajes eran reales y próximos al lector. La realidad se transformó en motivo literario.

La politización de la novela la reflejaron tanto los argumentos, como los personajes pero, sobre todo, los mensajes: bien reaccionarios o conciliatorios. Se presentan en este trabajo las dificultades para encontrar un discurso propio, ya que se trataba de un género sin preceptiva. La importancia del lenguaje de los novelistas resultó vital en este período tan politizado, ya que asuntos, en principio de escaso valor, como la aceptación o no de neologismos, se convertían en aspectos de primer orden porque se entendían como elementos perturbadores para la construcción de una «novela española».

Muchos, como Capmany, buscaban la «recuperación» de una lengua nacional, que

escapase de los nuevos conceptos y discurso novelístico introducido por las traducciones inglesas y francesas.

Un dato novedoso es la irrupción de la novela histórica en el panorama narrativo. Novela que centró su prestigio en la veracidad histórica y no en la verosimilitud literaria. González Troyano se encarga del ensayo en la etapa posterior a la Guerra de la Independencia, mientras que Palacios se ocupa del primer período. El investigador se encuentra también con el problema de la indefinición del género y su difícil catalogación. La politización del ensayo llegó a ser radical y combativa en defensa de determinadas posturas e ideas. Se subraya la connivencia del ensayo con otros medios, como la prensa escrita. Precisamente esta prensa fue decisiva para el desarrollo del género tanto dentro como fuera de España. De hecho, algunos periódicos como *El Semanario Patriótico*, *El Conciso*, o *El Robespierre español* fueron determinantes para la divulgación de cierta literatura ensayística, colaboradora en la creación de una opinión pública liberal.

En resumen, y recogiendo la idea principal con la que se abre esta reseña, el carácter multidisciplinar del volumen a la hora de estudiar este singular período de entre siglos aporta al panorama histórico, literario y artístico perspectivas nuevas y una visión de conjunto esclarecedora. Este hecho no impide que cada uno de los capítulos recoja un detallado análisis de un aspecto cultural determinado. Las exhaustivas bibliografías que acompañan a cada apartado son una buena muestra de ello.

María Angulo Egea

GARCÍA FERNÁNDEZ, Máximo y SOBALER SECO, M.^a de los Ángeles (coord.). *Estudios en homenaje al profesor Teófanés Egido*. Valladolid: Junta de Castilla y León, 2004, 2 vols.

Los dos volúmenes que componen este homenaje al profesor Teófanés Egido reúnen una serie de trabajos que algunos de los más importantes historiadores modernistas –y aun de historia contemporánea– han querido dedicar al maestro recientemente jubilado.

Como bien dicen los coordinadores en la *Presentación*, la variedad y amplitud de temas que abordó el profesor Egido a lo largo de su larga y fecunda carrera han determinado, de alguna manera, el contenido de la obra, puesto que, efectivamente, en ella encontrará el lector trabajos que van desde la política a la cultura, desde la economía y la sociedad a la Iglesia, y desde ésta a la literatura, pasando por los colegios mayores o esa tierra de nadie entre los decenios finales del siglo XVIII y los primeros del XIX, en la que coinciden muchas veces modernistas y contemporaneistas.

Como de un homenaje se trata, tampoco faltan algunas emocionadas páginas de sincero reconocimiento personal al profesor Teófanés Egido, como las que le dedican su discípulo Alberto Marcos Martín o su buen amigo de Salamanca el profesor Manuel Fernández Álvarez.

Quien consulte la excelente recopilación bibliográfica de las obras de Teófanés Egido que figura al frente de la obra podrá hacerse cargo de la amplitud de sus investigaciones. Amplitud cronológica, por supuesto, ya que el homenajeado se movió con la misma comodidad en el siglo XVI que en el XVIII. Pero también amplitud en lo temático: desde la Reforma a Carlos IV, desde los